



El Greco y Toledo

400 años después

El 7 de abril de 1614, con 73 años, fallecía en Toledo Doménicos Theotocópoulos, El Greco. Este griego había llegado a la ciudad del Tajo en 1577, y allí permaneció durante 37 años, casi los mismo que tenía cuando llegó. Márgenes vitales que implicaban dos aspectos, el primero que a su llegada no era un diletante sino un pintor formado; el segundo que la mitad de su vida la pasaría en una ciudad convertida en marco de la evolución más personal de su obra. La historiografía lo minusvaloró desde antiguo para luego restaurarlo como uno de los genios de la historia de la pintura. Defectos ópticos, una ancianidad extrema o una extravagancia innata, han tratado de justificar la extrañeza de una obra que no está desconectada de corrientes contemporáneas prestigiosas de maestros como Tintoretto. ¿Cuál es la clave entonces para entender la visión tantas veces distorsionada de su estilo?. Sin duda, El Greco es una figura poliédrica, un pintor formado en el concepto sacro de la pintura bizantina, transformado a las enseñanzas coloristas de Venecia y al intelectualismo de la Roma manierista, y posteriormente “aislado” en una de las ciudades históricas de un reino a la cabeza de la Contrarreforma. Sólo mezclando en el mortero todos estos elementos podemos vislumbrar la naturaleza de su obra y los caminos de su pensamiento artístico.